

El Mariátegui de Flores Galindo

por Nicolás Linch

Marxismo y nación, falso dilema que no se encuentra en la obra de José Carlos Mariátegui (JCM) es el que pretende ser el presupuesto del último libro de Alberto Flores (1). No existe tensión ni en obra ni en la vida del Amauta entre tales cuestiones, muy por el contrario, es justamente su concepción marxista la que le permite abordar creadoramente el problema. Concepción marxista que JCM bebe de fuentes europeas en su viaje por el viejo mundo, pero que incluso tiene antecedentes en su adhesión a las luchas obreras antes de su partida.

No se trata de un marxismo de fotocopia de los clásicos, es un aprendizaje que se da a la luz de la crisis europea de la post-guerra y de la formidable influencia de la revolución rusa en el proletariado de aquellos países, un aprendizaje que lo lleva a Livorno a esperar la ruptura del Partido Socialista Italiano y la formación del comunista, bajo directa influencia bolchevique; un aprendizaje que al mismo tiempo lo acerca a las corrientes intelectuales y artísticas más importantes del momento para enriquecer sus propios puntos de vista y forjar herramientas verdaderamente capaces de proceder a un análisis creador.

El cosmopolitismo presente en su obra no es por ello un elemento antagonico a la nación, es producto de un marxismo asimilado en el crisol de una experiencia vital muy importante. El cosmopolitismo en la obra de Mariátegui no es otra cosa que el reflejo del punto de vista de una clase universal: el proletariado. Es con un punto de vista de clase que JCM procede al análisis de los problemas peruanos, en particular a nuestro complejo proceso de formación nacional. Marxismo por ello no es en Mariátegui ni una etiqueta ni un concepto abstracto, sino el punto de vista de la clase obrera; es absurdo en consecuencia decir que en algunos momentos de su obra prima el marxismo, cuando habla de Occidente o de la disciplina partidaria, y que en otros la nación, cuando habla del mundo andino y el indigenismo.

Lo más importante en Mariátegui

Buscar este tipo de dualidades es ol-



...el marxismo es en Mariátegui el punto de vista de la clase obrera...

vidar lo más importante de Mariátegui, su carácter de intelectual proletario, que supo desde su condición señalar una estrategia nacional-popular.

Sorprende más todavía cuando Flores afirma que:

"Descubrir la especificidad de Latinoamérica y la importancia del campesinado no fueron consecuencias de las lecturas marxistas de Mariátegui. Los textos, insistimos, dedicados por Marx a la discusión de la evolución histórica en su mayoría recién se difundirían años después y sólo en la década del 60 el problema pasaría a ser casi un 'lugar común' en el marxismo" (2)

Como si la corrección de un análisis marxista estuviera dada por lecturas más o lecturas menos de los clásicos. Mariátegui sí conoció los textos marxistas fundamentales y esto lo prueban exhaustivos recuentos bibliográficos

como el de Harry Vandem, además, y esto es regla de oro en el marxismo. No se trata de saber mucho sino de saber bien. Es muy probable que muchos filósofos de principios de siglo conocieran mucho más detalladamente que Lenin los escritos de Hegel; pero es indudable, por las consecuencias que tuvo para la revolución rusa, que Lenin los conoció mejor que nadie.

Los civilistas y Leguía

Las diferencias que busca el autor entre la República Aristocrática y el oncenio para fundamentar la perspectiva socialista del Amauta son otro punto controvertido que es preciso comentar. Flores asevera que para Mariátegui, Leguía impulsaba un importante proceso de desarrollo capitalista a diferencia del estancamiento observado durante la República Aristocrática, razón por la cual el Amauta habría considerado innecesarias la realización de tareas democrático-burguesas por parte de la clase obrera, lo que explicaría su repliegue político durante el leguismo y su consideración sobre la necesidad inmediata del socialismo. Aquí Flores confunde el cambio en el centro de dominación imperialista, que se desplaza de Inglaterra a Estados Unidos, y el mayor impulso a los centros exportadores, con una supuesta modernización capitalista del país que habría llevado a cabo Leguía. Para Flores no habría continuidad oligárquica entre los civilistas y Leguía, y éste era supuestamente el hecho nuevo que permitía mejores condiciones para el proyecto de Mariátegui. Por lo tanto, había que dejar que Leguía le ahorrara tareas al proletariado y desplegara sus impulsos modernizadores. La realidad fue muy diferente: durante esta época se consolidó una importante alianza entre el poder central y el gamonalismo andino, procediéndose a una feroz ofensiva anticampesina que tuvo su punto más alto en la ley de conscripción vial. En cuanto al indigenismo oficial que ensayó Leguía, no pasó de los primeros años del oncenio y se convirtió tan sólo en un adorno más de esa dictadura.

MARKA, 25 de junio de 1981



...aquí Flores confunde el cambio en el centro de dominación imperialista, de Inglaterra a EE.UU. en una supuesta modernización leguista...



¿“Socialismo agrario”?

En esta misma línea Flores señala que el elemento central de la perspectiva socialista de Mariátegui sería la supervivencia del “Comunismo agrario” en las comunidades indígenas, supervivencia que permitiría al campesinado captar rápidamente la prédica socialista y luchar aliado con la clase obrera directamente por el socialismo. Aquí se da una versión unilateral de las apreciaciones de Mariátegui sobre la comunidad. Hay que aclarar dos aspectos. Primero, el Amauta resalta el papel de la comunidad antes que nada en oposición al latifundio, como un elemento central en la lucha democrática por la tierra y señala que la contradicción fundamental en el campo era la que oponía la comunidad al latifundio; ésta era por lo tanto la contradicción que movilizaba al campesinado y la base material para su alianza con la clase obrera. Segundo, efectivamente el Amauta, a diferencia de los más importantes pensadores marxistas de su tiempo, rescata elementos de comunismo agrario subsistentes, como rasgos importantes que dan solidez a la institución comunal y ayudarán al desarrollo de la cooperación campesina en el futuro socialista, pero de ninguna manera piensa, y no lo dice absolutamente en ninguna parte, que el colectivismo agrario convierta a los campesinos en proletarios, tal como señala Flores (3), y los haga luchar directamente por el socialismo. Esta no es sino una versión incorrecta de Flores para concluir ingenuamente en que Mariátegui planteaba el carácter socialista de la revolución en el Perú. Ya otros autores como Germaná y Quijano han formulado esta tesis, aunque sin mayor fortuna, pero por lo menos con una formulación más seria que la del autor que nos ocupa.

En este intento de poner por delante el carácter socialista de la revolución en Mariátegui se confunde por parte de Flores lo que para el Amauta era la dirección ideológica y política de la revolución: el socialismo proletario, con la revolución misma, que por el programa del Partido Socialista y la exposición de los problemas peruanos no podía ser otra que la revolución democrático-burguesa dirigida por la clase obrera. No por gusto Mariátegui se refiere al problema del indio y al problema de la tierra, al problema de nuestra dependencia semicolonial del imperialismo; es decir a los grandes problemas nacionales y democráticos que la clase obrera debía solucionar en camino al socialismo.

“Amauta” y el frente único

“Amauta”, la formidable obra de Mariátegui, termina en la pluma de Flores Galindo siendo producto espontáneo de un grupo de amigos; y el Partido Socialista que fundara, una creación apresurada por las circunstancias. Entre los amigos y lo fortuito se debate para Flores el Mariátegui que regresa de Europa. En esta visión no habrían propósitos claros en JCM de 1923 en adelante, y su labor se restringiría a la organización de una polifacética revista de cultura. Los hechos sin embargo lo desmienten, ni “Amauta” era lo que él dice, ni fue la única antesala del partido.

Wilfredo Kapsoli en obra reciente expone el rol protagónico que le tocó jugar a JCM en los congresos obreros de la década del 20. Fue una labor en el seno de la clase que empezó en la tribuna de la Universidad Popular y continuó en el contacto cotidiano con los dirigentes obreros, y éste no es el dato anecdótico de un consejero laboral postrado en Washington izquierda, es la labor paciente de un marxista que desarrolla el combate ideológico y político en el proletariado. Lo muestra su polémica con los anarquistas y la persistente lucha por el frente único de clase.

Junto con esta tarea Mariátegui impulsa la creación de “Amauta”, revista que no podemos pensar como el producto desordenado de una tertulia intelectual donde los contenidos afloraban de acuerdo al gusto y el humor de los presentes, sino como parte de un proyecto de frente único en el campo cultural que buscaba construir una hegemonía alternativa al poder oligárquico imperante. Era una revista “de definición” como la califica el propio JCM, expresión de la intelectualidad democrática que buscaba “un Perú nuevo en un mundo nuevo”. Como tal, “Amauta” estaba necesariamente sujeta a las vicisitudes de este movimiento democrático que buscaba expresar. Por ello, cuando se agudiza la polémica entre Haya y Mariátegui y se llega al momento de ruptura, “Amauta” necesariamente debe tomar partido y lo hace resueltamente por el socialismo, sin negar la democracia, sin cerrarse al amplísimo movimiento nacional de entonces; pero afirmando su opción de clase antagónica y distinta a la que enarbola Haya. Aquí no hay apresuramientos sino respuestas al desarrollo de una lucha ideológica y política en la que JCM se hallaba inserto. Aquí de ninguna forma se puede pensar en la falta de objetivos, sino en una consecuencia con los



...el mismo J.C.M. redacta la resolución de adhesión del Partido a la Internacional Comunista el 4 de marzo de 1930...

objetivos nacionales y democráticos que “Amauta” se propone desde el primer número. Por aspirar a recoger las inquietudes nacionales y democráticas es que “Amauta” da cabida en sus páginas al indigenismo y a las diversas expresiones del mundo andino, por la misma razón, y aunque parezca contradictorio, es que también busca ser la tribuna de lo mejor de la cultura occidental, porque Mariátegui estaba convencido que la lucha por la nación no significaba la recuperación mesiánica del pasado autóctono, sino la fusión con lo mejor que brindaba el cosmopolitismo occidental, que era, insistimos de nuevo, el proletariado revolucionario.

Mariátegui: un leninista

Así, el trabajo obrero y la labor en “Amauta” son las vertientes que desembocan en la fundación del Partido Socialista. De nuevo aquí Flores quiere ver apresuramientos, no sólo orgánicos sino también ideológicos. Para él, el partido se funda casi exclusivamente para diferenciarse del APRA, lo que lo lleva a señalar que: “La fundación del partido tenía un sentido sólo simbólico y no literal”, especulando por ello sobre la endeblez del núcleo inicial y una supuesta falta de claridad ideológica. No se conoce partido fundado de acuerdo a un estricto cronograma académico, sino como producto de la lucha de clases y el partido de Mariátegui no podía ser una excepción. Nació con su propia ley, en un momento de crisis y definición de la vanguardia, sintetizando un período de lucha obrera que venía de las jornadas de 1919 y lo mejor del movimiento democrático antioligárquico forjado en

las décadas anteriores. Expresaba también el agotamiento político del oncenio, cuyo término llevaría al estado oligárquico a una grave crisis poco tiempo después. En cuanto a los militantes, Larrea, Navarro, Portocarrero, no habían nacido a la política en los meses anteriores a octubre de 1928; tenían toda una trayectoria en el combate al anarquismo. Lo “simbólico” de nuestro autor era algo más que una buena intención en la cabeza de los primeros comunistas peruanos.

Pero lo más importante del partido de Mariátegui es su filiación ideológica. En este punto encontramos lo nodal del libro comentado. Flores pretende que Mariátegui enarbola una heterodoxia equidistante por igual del APRA y de la Internacional Comunista, una suerte de tercerismo sin clara filiación de clase. Dice que el partido se describe al “marxismo” (sic) y al “leninismo militante” (sic), oponiéndose al “marxismo-leninismo”, aunque esta última forma es usada repetidas veces por el propio Mariátegui; así, recurriendo a frases sueltas y sin mediar mayor explicación teórica ni política quiere encajonar a Mariátegui en un leninismo propio, ad-hoc a su heterodoxia.

Mariátegui efectivamente fue un leninista. Un hombre que desde sus primeros tanteos en el socialismo se adhirió a las corrientes revolucionarias que en su tiempo estaban representadas por la revolución rusa y la III Internacional. Pero, ¿qué significaba ser un leninista, un hombre de la III Internacional?, ¿acaso un oscuro comensario dogmático que recibía órdenes y las transmitía cual robot tal como quiere pasarnos de contrabando cierta heterodoxia? De ninguna manera, y es-



...Flores pretende que Mariátegui enarbola una heterodoxia equidistante por igual del APRA y del movimiento comunista internacional...

to se ve con la mayor claridad en Mariátegui. Su convicción leninista la plasmó antes que nada en el partido que fundara, en su carácter de partido proletario, en su filiación ideológica y finalmente en su afiliación, antes que Mariátegui muriera, a la III Internacional. Esta concepción leninista no fue trasladada empero mecánicamente al país. JCM funda el Partido Socialista y no sólo por cuestiones de represión, sino porque era consciente de la necesidad de construir un partido obrero en un país abrumadoramente campesino, debía por lo tanto ser un partido capaz de desarrollar trabajo en varias clases, de construirse en varias clases, para poder ser realmente de masas. Era por lo tanto leninista hasta las últimas consecuencias, ya que seguía fielmente la vieja máxima de Vladimir Ilich, "el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción". En este punto, como ya señalamos en otros textos, tuvo serias discrepancias con el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista (IC), sólo que ellas se daban en el campo del socialismo, discutiendo sobre el legado leninista. Eran contradicciones no antagónicas, de muy distinto carácter a las que tuvo con Haya, en las que se enfrentaban dos puntos de vista de clase opuestos.

La adhesión a la III Internacional

Esta visión de un Mariátegui antagónico con la IC quiere ser fundamentada a partir de anécdotas sobre Codovilla en el curso de la I Conferencia comunista sudamericana de Buenos Aires. Sin quitarle valor al testimonio

oral, de Portocarrero en este caso, creo que la impresión de la dirección sudamericana de la IC sobre JCM no puede ser únicamente deducida de las palabras de Codovilla, y peor aún de las conversaciones informales a la hora de almuerzo. Creo que aquí nuestro historiador no ha podido elevarse por encima del relato testimonial y nos ha transmitido directamente su embelesamiento. En esta misma línea argumental, Flores prosigue señalando que la IC optó por la conspiración (sic) contra Mariátegui, usando al efecto algunos miembros del grupo de Lima que simpatizaban con las posiciones de la IC, así como al grupo comunista del Cusco que desde algún tiempo atrás venía manifestando abiertamente sus simpatías por similares posiciones. Como fruto de estas posiciones, Mariátegui se habría encontrado aislado al final de su vida, atrapado por el sectarismo de sus camaradas e incomprendido por la IC, situación tan angustiante que lo habría llevado a decidir su viaje a Buenos Aires, a buscar sosiego entre sus amigos intelectuales. Son tan audaces las expresiones de Flores, que las tiene que reconocer sólo como especulaciones, sin hechos específicos que las prueben.

En contraparte tenemos que las simpatías de Mariátegui por la IC se remontan a su estadía en Europa y se manifiestan desde sus primeras conferencias en la Universidad Popular. Son asumidas constantemente en sus artículos periodísticos y tienen su episodio final en la redacción por el mismo JCM de la resolución de adhesión del Partido Socialista a la IC el 4 de marzo de 1930. Para Mariátegui, su adhesión a la IC no era una cuestión formal ni táctica. Era la adhesión al socialismo revolucionario que insurgía en contra

del socialismo domesticado y la conciliación con el capital que propugnaba la Segunda Internacional. Era la adhesión a la revolución rusa, es decir al primer país donde los obreros construían el socialismo. El partido nace asumiendo ese legado, de allí que lógicamente adhiere a la IC. Que las discrepancias no marchaban a la ruptura lo prueba el que no hubiera sanciones en el Congreso de Buenos Aires, el discurso final del delegado del Comité Ejecutivo de la IC Humbert-Droz, que adoptó un tono conciliador, y el hecho irrefutable de que JCM casi un año después recomendará él mismo la adhesión formal. ¿Qué es más importante para una apreciación de JCM? ¿Las especulaciones o los hechos?

¿La conspiración cusqueña?

En cuanto a las "conspiraciones" que teje Flores Galindo, creo conveniente aclarar lo concerniente a las relaciones entre la célula comunista del Cusco y la IC, tema que he tenido oportunidad de trabajar en detalle. Esta célula, en realidad lo que ahora se entendería como un Comité Regional, que se constituye como tal en mayo de 1929, se pone en contacto directo con el Buró Sudamericano, pidiendo su afiliación independiente, tal como testimonian los propios sobrevivientes de esta célula, lo que es expresamente negado por la IC, recomendándoles más bien que se pongan en contacto con el grupo que en Lima dirigía JCM, cosa que cumple el grupo cusqueño enviando a Casiano Rado a entrevistarse con Mariátegui a fines de 1929 (4), evidencia que desarma la antojadiza versión de Flores sobre una "conspiración" contra JCM vía Cusco.

En fin, tenemos en la versión de Flores un Mariátegui más preocupado por la supervivencia de su proyecto intelectual (la revista "Amauta") que por la construcción del partido de la clase obrera, un Mariátegui a su medida, imagen sin duda muy distinta a la realidad del fundador del comunismo en el Perú.

México, mayo de 1981

Notas.—

- (1) Flores Galindo, Alberto. La Agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern. DESCÓ - Lima, 1980.
- (2) Ibid. pág. 53.
- (3) Ibid. Pág. 31.
- (4) Lynch, Nicolás. La polémica indigenista y los orígenes del comunismo en el Cusco. En: Crítica Andina No. 3. Cusco, junio de 1979.